

AGUA QUE HABLA EULALIA VALLDOSERA *en Plastic Mantra*

por *Rosa Martínez, 2016*

To see her is a Picture --
To hear her is a Tune --
To know her an Intemperance
As innocent as June --
To know her not -- Affliction --
To own her for a Friend
A warmth as near as if the Sun
Were shining in your Hand.

Emily Dickinson (1)

Sabemos que hay lugares magnéticos que funcionan como vórtices energéticos y abren puertas hacia un conocimiento misterico. En ellos se producen intercambios entre el pasado y el presente, entre lo microcósmico y lo macrocósmico. Algunos son naturales y otros son contruidos. Muchos de ellos han sido abandonados o profanados. Otros conservan los ecos de su fuerza originaria.

En Granada, por ejemplo, hay una escalera que enlaza la cota más alta de los Jardines del Generalife con los patios y estanques de las zonas más llanas. Se conoce como *Escalera de Agua* pues por ella, modulada por las inclinaciones y giros del hueco del pasamanos, baja un agua purísima desde los manantiales de las cumbres nevadas hasta los estanques nazaríes, donde deviene un espejo que refleja el cielo. Para quienes transitan por esta escalera iniciática, la reverberación del agua disuelve los pensamientos y aquieta el alma. Como los mantras. El esfuerzo en el ascenso y la alegría del descenso se convierten en metáfora del devenir humano, y el paseante que recorre sus luces y sus sombras siente plenitud existencial. Fue en esa escalera donde Eulalia Valldosera decidió empezar a trabajar con la luz y el agua. Sintió la Alhambra como un crisol arquitectónico que modulaba los elementos naturales con la geometría, permitiéndole acceder a espacios de conciencia superior.

En sus itinerarios existenciales y artísticos, Valldosera se ha servido de los líquidos y sus contenedores, de la luz y las sombras, de los espejos y sus proyecciones, como materiales recurrentes para aludir a los procesos de conciencia, de dolor y sanación, tanto de las capas más profundas del inconsciente como de las transferencias afectivas que depositamos en los objetos y en los espacios que habitamos. Sus propuestas artísticas se asientan en un campo continuo de experimentación en el que la instalación y la *performance* son, junto a la fotografía y el vídeo, los instrumentos lingüísticos primordiales. Conjuga así tecnologías de su época con libretas de dibujos y anotaciones personales en las que deja constancia de intuiciones y reflexiones procesuales, situando siempre el cuerpo como parámetro primordial de conexión y transmutación.

Con los años, su metodología creativa se ha ido depurando y la ha llevado a entender el arte como una tecnología mística, es decir, como un medio de transformación que nos acerca a esferas sutiles de conocimiento. Su objetivo no es quedarse encerrada en esos éxtasis, sino utilizarlos para transformar el mundo en el que vive. Se inscribe así en la tradición de artistas como Joseph Beuys o Louise Bourgeois, cuyo trabajo, además de un elevado potencial de renovación estética, tuvo una clara voluntad política de sanación personal y colectiva. El misticismo de Beuys enlaza con las inquietudes del romanticismo alemán, mientras que la inmersión psicoanalítica de Bourgeois la lleva a revisitar las estancias emocionales de la vida familiar que, con sus patrones de dominio y sumisión, genera malestares a los que el arte puede dar salida.

A mediados de la década de 1990, Valldosera realiza una serie de instalaciones que recrean las estancias de un hogar, donde los elementos del mobiliario son metonimia de los apegos y las proyecciones emocionales. En *El comedor: el miedo a la madre* (1996), los recipientes de plástico para la limpieza doméstica devienen arquetipos de la mujer como contenedor, y los líquidos son agentes tóxicos o de purificación del imaginario personal y colectivo. En performances míticas como *Loop* (1996), el propio cuerpo de la artista actúa como contenedor o vehículo a través del cual fluyen el agua y la información.

Sus trabajos más recientes proponen un cambio en los parámetros cognitivos dominantes, que separan lo animado de lo inanimado, y trazan un puente con las culturas ancestrales en las que esta frontera no existe. Sus últimas *acciones* y talleres suponen un salto cualitativo que busca ampliar las puertas de nuestra percepción. Valldosera pone ahora el acento en el trabajo *in situ* y se dirige a lugares cargados de memoria para acceder a la información inscrita en ellos. Su objetivo es traer al presente mensajes que habían quedado anquilosados y liberarlos.

Sus solitarios recorridos y sus acciones secretas van más allá del concepto de *performance*. Son microacciones en las que los mensajes pueden emerger de un piso abandonado, de un conjunto histórico-artístico, del mar polucionado que rodea una isla o de las cuevas primigenias en las que aún resuenan voces, sabidurías y miedos de otros tiempos. Su cuerpo y sobre todo sus manos se convierten en el instrumento para absorber y redirigir las energías de esos lugares, para descargar y actualizar sus memorias.

Cerca de Nápoles, en Cuma y en la zona volcánica de los Campos Ardientes –Campi Flegrei– hay numerosas corrientes de agua subterránea, lagos y fumarolas ubicadas en los viejos cráteres, y cavernas excavadas por los colonos griegos. La artista recorre esos lugares en busca de las huellas de un antiguo saber, el de las sibilas, mujeres de sabiduría que cuidaban de las cosechas, de la salud de la comunidad y de la armonización entre el mundo de los vivos y de los muertos. Las sibilas eran consideradas las guardianas de esas tierras y de las islas cercanas como Capri.

En obras como *Dependencia mutua* (2010), Valldosera mostraba cómo una inmigrante limpiaba una estatua de Augusto en el Museo Arqueológico de Nápoles, y exploraba las relaciones dialécticas entre amo y esclavo. Esa dialéctica relacional también está presente en sus trabajos en Capri, donde reflexiona sobre el complejo de víctima y abusador a través de los ecos de los excesos que el emperador Tiberio cometió en esta isla, donde se escondió para acabar sus días. Tiberio acaparó los bienes de sus súbditos, y su propio miedo a ser traicionado alimentó sus delirios de poder y la vejación continua de las personas que le servían. Cuenta Valldosera cómo la fijación oral del emperador y su dependencia involutiva hacia la madre alimentaron su miedo a la escasez en medio de la abundancia y cómo provocó un inmenso dolor en las personas que le rodeaban y en sí mismo. Y cómo, actualmente, las crisis migratorias y la polución industrial siguen alimentando ese paradigma. La noción de abuso se amplía a todos los humanos que, por miedo a perder hegemonía, autoridad o una supuesta dignidad, explotamos, ensuciamos y destruimos el planeta llenando sus aguas de tóxicos. De este modo, somos víctima y verdugo. Víctima porque sufrimos los estragos enfermándonos y verdugo porque maltratamos a la naturaleza y a otros seres humanos.

Cuando inició su trabajo *Plastic Mantra*, la idea original de Valldosera era trabajar con el agua para explorar las memorias que transporta y los desechos que recoge. El tema del plástico ya había aparecido en obras como *Del plástico y del cristal soy comensal* (2016), una fuente sostenida en una paella tradicional en la que, en un extraño juego de colores y materias, se mezclaban figuras de vidrio representando alimentos con desechos encontrados en las playas. La serie *Velos plásticos* (2016) -que se presenta ahora en las oficinas del Studio Trisorio-, consiste en una serie de fotografías donde una persona subida a una escalera se cubre con un plástico emulando a las madonas.

Su proyecto surge de una necesidad, de un encargo y una misión: contar la verdad ubicándose en el punto de vista de las sibilas. De hecho, el subtítulo *Canto sanador* reafirma la convicción del potencial curativo del arte y todo el conjunto interpela al inconsciente del espectador para que pueda procesar sus propias memorias. Así trabajaban las sibilas, deudas de los cultos ancestrales griegos a la diosa Gea o Rea, que representan el lado femenino, el lado oscuro o inconsciente, simbolizado por el Agua y la Tierra. **Por ello**, el vídeo en el que la voz de la propia artista narra sus itinerarios de conexión con las fuerzas naturales y sutiles de Cuma, con la figura de las sibilas y su misión sanadora, con el lago Averno, la Solfatara, las termas de Baia y, finalmente, la isla de Capri, se convierte en el centro magnético de la exposición. En él reconoce y actualiza las energías aún vigentes en el lugar, que le permiten canalizar el mensaje sobre las memorias que hay que sanar.

Las obras que Valldosera presenta en el Studio Trisorio son varias, pero constituyen una sola. De hecho, la artista considera las obras físicas como «entreactos» de la Gran Obra y, además de las fotografías ya mencionadas, hay una escultura de viento, dos fuentes por las que continuamente circula el agua y unos charcos con restos de basuras plásticas que reflejan todo. En el lugar más recóndito de la sala, emerge la voz registrada en la misma cavidad donde la Sibila solía emitir su oráculo. Todas estas esculturas son cinéticas, exploran el

funcionamiento energético de la luz y de sus códigos, y forman parte de una escenografía única. Todas ellas tienen como objetivo la transmutación de las zonas oscuras del alma, esa sombra que Jung decía que hemos de integrar, y persiguen la belleza, la armonización de contrarios y el gozo.

Inicia el recorrido expositivo la *Fuente de la Reunión* (2016), una pieza de pared en la que dos contenedores –uno de vino y uno de aceite– vierten sus líquidos en un tercero. Se trata de agua coloreada que circula por conductos que recuerdan las curvas y la escala de un cuerpo, y que generan una amplia gama de colores. En el centro del espacio, *Manto* (2016) es una amplia y delicada membrana de plástico agitada por un ventilador y sostenida desde el techo por un círculo de vasos llenos de agua, que representa la corona de la Sibila. Concebida como arquetipo de sabiduría, remite al ciclo del agua y proyecta por el espacio sus irisaciones en forma de *vesica piscis*, otro arquetipo geométrico que Valldosera define como la «gestación geométrica del amor».

La *Fuente del Perdón / The Source of Forgiveness* (2016) es una escultura objetual que resulta de la superposición de ollas y platos de diferentes épocas colocados en columna, en una progresión espiral que asciende en forma de vórtex y que va de los tiempos romanos a los actuales. El agua desciende en cascada y va rellenando y limpiando esa gigante pila de platos acumulados como después de un gran festín. De nuevo Valldosera recicla los contenedores que usamos para nutrirnos, símbolo del dar y recibir, arquetipo de la Gran Madre. Dedicada a Tiberio y al abuso de los bienes de su pueblo, alude a la necesidad de reconciliación, de salir de la dualidad juicio/castigo para ver las cosas desde otro lugar.

En el espacio que la acoge y en diálogo con esta fuente se proyecta el vídeo en el que Valldosera visita a la Sibila, que la inspira a recoger la memoria oscura del dolor y la toxicidad que aún habitan las ruinas del palacio romano. Las imágenes aparecen y desaparecen, alternándose de manera sincrónica con la fuente que se apaga y enciende. Los vacíos y los silencios llenan de dramatismo los espacios. La voz es el aliento, la intención, y une en un continuum todas las obras de la exposición. La voz actúa como un espejo de aumento, es la caja de resonancia que nutre e hipnotiza al espectador.

El acto principal de estas acciones es invisible y ya ha ejercido su poder de transformación durante los solitarios recorridos de la artista. Para ella ha sido un ejercicio de rendición, de aceptación, de devenir contenedor de una voz que la guía, la enciende y la lleva a la acción. Ha supuesto recuperar una forma de abrir portales, de dejar pasar informaciones a través del propio cuerpo y de la propia voz. Ha significado situarse en el lugar de la mediación que es, de hecho, el lugar para poner el yo en relación con el Todo. La propia persona aparece como posibilidad de cubrir el intervalo entre lo divino y el mundo, y la artista es el canal que nos recuerda que todos tenemos ese potencial.

Las obras de Valldosera son el resultado de acciones que aúnan lo místico y lo social. Su arte es místico porque conlleva un giro iniciático para transformar nuestra manera de estar en el mundo y, a la vez, es profundamente político porque comporta un cambio de paradigma. Forma parte de una línea de acción

imprescindible a inicios del tercer milenio: la nueva mística activista que concibe el arte como motor de transformación espiritual, que es también transformación material. Valldosera entra así a formar parte del linaje de una serie de creadoras visionarias que se han dejado guiar por tecnologías del alma, es decir, por medios que permiten acceder a estratos de la realidad que nos acercan a un potencial sanador, portador de luz y de soluciones. Son mujeres que han estado al margen de las corrientes hegemónicas. Por orden de edades podríamos citar a Georgiana Houghton, Hilma af Klint, Emma Kunz o Agnés Martin recientemente rescatadas, «re-descubiertas», pues ahora se empieza a comprender la profundidad y el sentido de su trabajo.

Lejos de la frialdad serializada del minimalismo y sus referencias a los procesos de producción industrial, lejos de la facilidad icónica de las imágenes del pop y la cultura de masas, y distante también de la lógica del arte conceptual, Eulalia Valldosera considera la Tierra como un archivo de memorias. Sus obras se sitúan en un terreno que explora las energías del planeta con la clara voluntad de hacernos comprender que somos parte de un gran misterio, que debemos volver a recuperarnos como humanos y que la sanación es responsabilidad de todos.

Rosa Martínez

(1) The Complete Poems of Emily Dickinson
edited by Thomas H. Johnson, Back Bay Books, 1976